ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

TORRELAGUNA,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA,

DE

JOSE CAMPO-ARANA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1873.

TORRELAGUNA.

TORRELAGUNA,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA,

DE

JOSÉ CAMPO-ARANA.

Representado por primera vez en el Teatro Español el dia 8 de Marzo de 1873.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
EMILIA	SRTA. SANZ.
JUANA	SRTA. DOMINGUEZ.
LUIS	SR. ZAMORA.
TORRELAGUNA	SR. MAZA.

Madrid, 187...

A LOS MARTENSES

el más humilde de ellos

J. Campo-Arana.

ACTO ÚNICO.

Gabinete elegante. Puertas al foro y laterales. Á la derecha, en primer término, una butaca y al lado una silla; á la izquierda un velador y otra butaca. Entre las puertas del foro dos consolas con reloj, floreros ó adornos parecidos.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, despues LUIS.

JUANA. (Arreglando los muebles.) Las ocho y todavía no ha venido el amo! ¡Cómo estará la señorita! Pasar la noche fuera... Habrá estado con alguna bailarina de Paul...

LUIS. (Entrando por el fondo.) Hola, Juanita.

JUANA. Buenos dias tenga usté.

LUIS. ¿Cómo tan temprano?

JUANA. Temprano y son las ocho?

LUIS. ¿De veras?

JUANA. Mírelo usted.

LUIS. (Sacando el reloj.) Es verdad... Demonio! Cómo se pasa el tiempo!... ¿Hace mucho que se acostó la señora?

JUANA. Pues digo! Si le parece á usted que es hora de acostarse...

LUIS. No, si te pregunto á qué hora se recogió.

JUANA. No se ha recogido.

LUIS. ¿Cómo?

JUANA. Se ha pasado la noche al balcon.

LUIS. Es decir que ha notado...

JUANA. Ya lo creo!... De bonito humor está!

LUIS. (Maldito *baccarat*! Y el caso es que ella se creerá que yo...)

JUANA. Va usté á tomar té ó chocolate?

LUIS. Té; pero tráelo pronto.

JUANA. Voy. (Váse.

ESCENA II.

LUIS.

¡Bonita escena, se prepara! Y de todo tiene la culpa el maldito juego. Se empeñaron en desbancarme y yo... porque no creyesen que tenia miedo... y porque la verdad, estaba ya picado. Pero no me han vencido, la suerte me ha sido fiel toda la noche y me he traido el dinero de todos. Qué cara tan especial ponia el marqués!... Parecia un pimiento riojano. (Juana entra con el té, que Luis toma durante el monólogo restante.) Pero ¿cómo me disculparé con mi mujer... Ah! Torrelaguna. Justo, Torrelaguna, mi pseudónimo, mi salvador, mi amigo, mi editor responsable en una palabra. Gracias á esta invencion, puedo vivir tranquilo y recibir cartas y hacer alguna escapatoria. ¡Qué descubrimiento tan feliz! Y eso que me proporciona algun trabajo, porque si no caeria en la trampa, y Emilia que es más sagaz... (Saca un libro de memorias.) Aquí está toda su historia dia por dia. Veamos la de esta noche... Torrelaguna me convidó al teatro—es fácil que alguno me haya visto—y... despues .. nos fuimos á la Iberia... y luégo... (Va escribiendo.) luégo... se puso muy malo y le acompañé á su casa y... sigue muy mal, muy mal, esto es; así me proporciono ocasion de dar la revancha al marqués y doy un alegron á mi mujer, que de seguro no sentiría que al tal Torrelaguna se le llevase el demonio.

Nada, nada, esto es. Y esta noche habrá que velar al enfermo... (Frotándose las manos.)

ESCENA III.

LUIS, EMILIA.

Luis al ver aparecer á Emilia, toma precipitadamente una actitud dolorosa.

EMILIA. (Con ironía.) Buenas noches.
LUIS. (Huy! ¡Dios mio!) Hola, hija mia. (Yendo hácia ella.)
EMILIA. (Deteniéndole.) Tenemos que hablar formalmente.
LUIS. Pues... ¿qué ocurre?
EMILIA. (Furiosa.) Que qué ocurre?... (Conteniéndose) Nada.
LUIS. (Llegó la nube?)
EMILIA. ¿Hasta cuándo crees tú que puede durar mi paciencia?
LUIS. No sé...
EMILIA. ¿Te burlas? ¿Es decir que para tí no hay nada sagrado? ¿Es decir que encenagado completamente en el vicio, te parece cosa de broma mi reconvencion?
LUIS. Pero hija, no te incomodes, si yo...
EMILIA. Sí, tú lo que quieres es matarme á disgustos, porque eres un... (Se sienta en el sillon de la derecha, volviendo la espalda á Luis.)
LUIS. ¡Mujer!... (Tengamos dignidad.) (Luis se levanta y va á sentarse en una silla que habrá á la izquierda de Emilia.) Pero oye...
EMILIA. Hum! (Volviéndose más de espalda. Luis coge la silla y va á sentarse á la derecha.)
LUIS. Emilita!... (Emilia se vuelve hácia la izquierda.)
EMILIA. Pasar la noche fuera de casa, cuando sabe que su mujer está sola, azorada... ¡Si me lo hubieran dicho cuando me casé! No seria hoy tan desgraciada. (Llorando.)
LUIS. (Acercándose.) Pero...
EMILIA. Quita, quita, te aborrezco.
LUIS. Emilia!
EMILIA. Sí, te aborrezco, te detesto... Claro, como me ve sola y huérfana... Si viviera mi papá!

LUIS. Pero oye...

EMILIA. No, si ya lo sé todo. Nada tienes que contarme. Habrás pasado la noche con alguna mujerzuela de por ahí, entregado á la orgía y al crímen, en tanto que tu mujer lloraba aquí sola, temiendo que te hubiera sucedido alguna desgracia... ¡Necia de mí! (Llorando.)

LUIS. (No, lo que es en esto tiene razon.) Pero Emilia... óyeme; si yo no he tenido la culpa; yo te juro...

EMILIA. No te creo, es inútil.

LUIS. ¿Quieres oirme?

EMILIA. Habla, dí todo lo que quieras, inventa una nueva mentira.

LUIS. Pues bien, que lo creas que no, de todo tiene la culpa mi buen corazon y ese loco, ese bribon de Torrelagu na, que no me deja vivir.

EMILIA. Ah! ¿Y prefieres ese calavera á tu mujer?

LUIS. ¿Habia de dejarle morir?

EMILIA. (Entre incrédula y curiosa.) Jesús! Morir? ¿Pues qué le ha pasado?

LUIS. Verás. Salimos anoche del teatro muy temprano y me dijo: «vaya hombre, vente á cenar á la Cervecería inglesa...» Sí, justo, á la Cervecería inglesa. Yo, como no eran aun las doce, accedí. Cenamos... y, francamente, sea el calor... ó que no le sentó bien la cena...

EMILIA. Se puso malo, y tú has estado toda la noche dándole tazas de tisana... Mentira.

LUIS. ¿Por qué?

EMILIA. Porque me hubieras avisado como el otro dia.

LUIS. Pero como no sabia que la partida... digo, que la enfermedad fuese á tomar un carácter... En fin, no es eso, no has acertado. Efectivamente, se puso algo malo... y... pues, como estaba mareado... tropezó en la calle de Sevilla con uno... (No se lo que me digo.)

EMILIA. ¿Con uno?...

LUIS. Sí, con uno. Se trabaron de palabras, y como Torrelaguna no estaba de humor de hablar, concluyó la disputa dando al otro un soberbio bofeton. Total: que se

desafiaron y se han batido esta mañana.

EMILIA. ¿Y tú le has servido de padrino? Si el mejor dia vas á verte en un lance... Un hombre casado...

LUIS. Era un deber.

EMILIA. ¿Y qué ha sucedido?

LUIS. (Cómicamente.) Una desgracia horrible!

EMILIA. Ves? Lo que yo digo: ahora formarán causa y te llevarán al Saladero, y...

LUIS. No; hemos levantado acta de la muerte.

EMILIA. ¿De Torrelaguna?

LUIS. No, del otro.

EMILIA. Ah! Pero ¿y tu amigo?

LUIS. No tiene nada, una contusion así en un muslo...

EMILIA. ¿Y cómo le mató?

LUIS. No quieras saberlo... Solo el recuerdo me horroriza. (La tragó.) Conque... (Acariciándola.) Ya ves que no he tenido yo la culpa. ¿Me perdonas el mal rato que te he dado?

EMILIA. Con dos condiciones.

LUIS. Aceptadas.

EMILIA. Que me has de prometer no hacer más locuras, y que me has de presentar hoy mismo á tu amigo Torrelaguna.

LUIS. Lo primero si... pero lo segundo...

EMILIA. No admito observaciones. Es una lástima que un muchacho como él, jóven, rico y de buen corazon, lleve esa vida desastrada. Tráele, y entre los dos le catequizaremos. Á ver si abandona ese...

LUIS. Sí, tienes razon; es una lástima y debes aconsejarle... yo tambien le aconsejo...

EMILIA. Mira, tengo un proyecto.

LUIS. Qué?

EMILIA. Casarlo.

LUIS. ¡Qué atrocidad! Digo... no, no; está muy bien pensado. (Se levantan.)

EMILIA. Es un gran partido para mi sobrina Adela.

LUIS. Sin embargo, piénsalo bien. Ya ves un hombre calavera, jugador...

EMILIA. Eso es propio de la juventud.

LUIS. Y si vieras lo que bebe!

EMILIA. En cuanto tenga mujer...

LUIS. Beberá más.

EMILIA. No lo creas; tú dices que es bueno en el fondo.

LUIS. Sí... en el fondo es bueno... pero muy en el fondo.

EMILIA. Nada, tú tráele y verás cómo le convencemos.

LUIS. (Vaya un capricho!) Sí, falta le hace convencerse... pero hoy no puede ser... ¿No comprendes que hasta que pase algun tiempo de la desgracia, no puede darse á luz? Seria exponerse.

EMILIA. Es verdad. (Contrariada.)

LUIS. Nada, quedan hechas las paces. Dame un abrazo, que me voy á dormir un rato, porque con las emociones y... estoy rendido.

EMILIA. (Dejándose abrazar y jugando con la cadena del reloj de Luis.) Conque no volverás... Pero, calle! ¿De dónde has sacado tanto dinero? Y aquí tambien!

LUIS. (Esta es otra.) Ah! sí, no me acordaba... (Adios la revancha.) ¿No te lo he dicho ántes?

EMILIA. No.

LUIS. Pues... fuimos á cenar porque nos ha tocado la lotería... Yo no sé cuánto. Mira. (Vaciándose los bolsillos en el velador de la izquierda.)

EMILIA. Hola! hola! Pues con esto pagaré el abono de la Ópera.

LUIS. (Adios mi dinero.) Oye, es que... todavía no hemos hecho la particion. La mitad es de... Torrelaguna.

EMILIA. Me alegro.

LUIS. ¡Cómo!

EMILIA. Porque así te obligo á que me le presentes cuanto ántes. Quedo encargada de darle su parte.

LUIS. No, mira: lo cierto es que él no debe andar muy bien de dinero y...

EMILIA. Bueno, pues... toma: mil. (Contando.)

LUIS. (Por fin lo arranco de sus garras. Ya lo contaba por perdido.)

EMILIA. Si hay cerca de mil duros...

LUIS. Vaya, yo voy á dormir. Cuéntalo y luégo cuando salga me lo darás. (No creí salir tan bien librado.) (Váse.)

ESCENA IV.

EMILIA, despues JUANA.

EMILIA. ¿Me engañará?... No, si todos son lo mismo... Los amigos!... Pero qué hombre tan especial es ese Torrelaguna! Y el caso es que á pesar de sus defectos, me es simpático. Estoy segura de que si me conociese no arrastraria á Luis á tomar parte en sus locuras... Verdad que... él que le obliga, y mi marido que no se hará rogar mucho...

JUANA. (Entrando.) Señorita...

EMILIA. ¿Qué ocurre?

JUANA. Un caballero pregunta por el señor.

EMILIA. ¿No te ha dicho qué quiere?

JUANA. Verle.

EMILIA. No puede ser; acaba de acostarse ahora mismo... Pregúntale si puede dejar el recado.

JUANA. Bien.

EMILIA. ¿No te ha dicho quién es?

JUANA. Me ha dado esta tarjeta.

EMILIA. S. Torrelaguna! ¡Dios mio! ¡Qué pasará? Dile que pase al momento.

JUANA. Voy. (Váse.)

EMILIA. Voy á llamar á Luis... pero no; ya que se me presenta la ocasion voy á sondearle... tengo curiosidad de conocer sus ideas... ¿Le hablaré del duelo?... No; creeria que mi marido me lo cuenta todo... Despues...

ESCENA V.

EMILIA, TORRELAGUNA.

TOR. (Con aire muy tímido y saludando desde la puerta.) Señora...

EMILIA. Pase usted. (Jesús! Si parece un niño!)

TOR. ¿Cómo está usted?

EMILIA. Bien, gracias. Tome usted asiento. (Está cortado; á todos los calaveras les pasa lo mismo, delante de una mujer digna se avergüenzan.)

TOR. (Sentándose de medio lado.) Con... permiso de usted.

EMILIA. (¡Vaya un modo de sentarse! Ah! no me acordaba, es la herida...)

TOR. ¿No está el señor de Perez?

EMILIA. Sí; pero acaba de acostarse hace un momento: yo espero que usted le dispensará...

TOR. (Levantándose.) Entónces... con permiso de usted.

EMILIA. No se vaya usted por eso. Si tiene usted prisa le llamaré.

TOR. (Volviendo á sentarse.) De ninguna manera. Pues... yo soy...

EMILIA. Sí, sí, ya lo sé. Por cierto que hace mucho tiempo deseaba tener el gusto de conocer á usted personalmente.

TOR. ¿Á mí?

EMILIA. ¿Le admira á usted que conociendo su fama...

TOR. Señora... yo...

EMILIA. No finja usted; mi marido me lo ha contado todo.

TOR. ¡Cómo! (Dios mio! ¿Si sabrá que he perdido el curso?)

EMILIA. Cuente usted, por supuesto, con mi discrecion y no se violente en lo más mínimo.

TOR. Muchas gracias, es usted muy...

EMILIA. ¿Qué, va usted á empezar á decirme galanterías?... No se moleste usted. Ya le he dicho que obre con entera libertad. Pero deje usted el sombrero. (Torrelaguna se levanta, va á dejar el sombrero y da una vuelta á la escena sin decidirse. Emilia se levanta, le toma el sombrero y le pone sobre la consola.)

TOR. No se moleste usted.

EMILIA. Conque, vamos á ver: en cambio de esta franqueza, voy á pedirle un favor.

TOR. ¿Un favor?

EMILIA. Sí; usted, que es el amigo íntimo de mi marido, debe

saber...

TOR. Pero si yo no...

EMILIA. Tiene usted razon. No debo poner á prueba su fidelidad. Á más qne para contarme los pecadillos de mi marido, tendria usted que contarme alguno suyo.

TOR. (Esta señora está equivocada... Me confunde con otro... Qué situacion!)

EMILIA. Por cierto que ahora que recuerdo... (Tomando dinero de encima de la mesa.) por fin se realiza mi deseo de entregarle yo misma... Tome usted.

TOR. ¿Y para qué es esto, señora?

EMILIA. Le corresponde á usted legítimamente.

TOR. ¿Á mí?

EMILIA. Sí señor, tome usted. (Dándole el dinero.)

TOR. Pero es que yo no tengo cuentas...

EMILIA. Le repito á usted que es suyo.

TOR. (Qué hago! No sé por dónde me ando...)

EMILIA. Pero está usted preocupado.

TOR. (Sin saber lo que dice y guardándose el dinero.) Sí... sí... muy preocupado.

EMILIA. ¡Dios mio! Acaso le persiguen á usted, y viene aquí á buscar un asilo?

TOR. (Espantado.) ¿Cómo, señora, cómo!

EMILIA. Ah! Perdone usted, voy á avisar á Luis...

TOR. (Muy apurado.) Pero señora, ¿por qué me han de perseguir?

EMILIA. No? Me alegro... Aunque comprendo la situacion de usted... El remordimiento!... Tendrá usted presente la cabeza ensangrentada de su víctima... Verá usted sangre por todas partes...

TOR. Pero señora... (Me va á volver loco!)

EMILIA. Es horrible. Yo no sabria dar á usted los consuelos que necesita. Llamaré á Luis, y en el seno de la amistad podrá usted encontrar un calmante.

TOR. No... si no es necesario...

EMILIA. (Sin oirle.) Tenga usted la bondad de entrar en el despacho. En seguida vendrá Luis.

TOR. (Aturdido.) (Pero señor, ¿dónde me lleva esta mujer?)

ESCENA VI.

EMILIA, despues LUIS.

EMILIA. Luis! (Llamando.) Luis! Levántate pronto.
LUIS. (Dentro.) ¿Qué quieres?
EMILIA. No te has acostado todavía?
LUIS. (Saliendo.) No; pero, qué sucede?
EMILIA. ¿Á que no adivinas quién te espera en el despacho?
LUIS. No sé.
EMILIA. Tu amigo inseparable.
LUIS. ¿García?
EMILIA. No, hombre; Torrelaguna.
LUIS. ¡Torrelaguna!
EMILIA. ¿De qué te admiras?
LUIS. No puede ser.
EMILIA. Mira su tarjeta.
LUIS. (¿Qué es esto?) Pero si ese Torrelaguna...
EMILIA. Es el mismo. Acabo de estar hablando con él del duelo y de... Por cierto que al verle nadie diria lo que es...
LUIS. ¿Que te ha hablado del duelo? (Es cosa de brujas.)
EMILIA. Sí; y si vieras qué remordimientos tiene!
LUIS. (No hay más, un estafador... Pero ¿quién puede haberle enterado?) ¿Conque tiene remordimientos? ..
EMILIA. Pero hombre, parece que la venida de tu amigo te haya puesto de mal humor.
LUIS. ¿De mal humor? Cá! tonta!... Esto es... la... la alegría de la sorpresa.
EMILIA. ¿Y qué haces que no vas á abrazarle? Por supuesto almorzará con nosotros.
LUIS. ¡Almorzar con nosotros! (Esta es más negra.)
EMILIA. ¿Por qué no?
LUIS. Mira, mujer; la verdad es que yo no quisiera...
EMILIA. No te comprendo. Eres capaz de cualquier sacrificio por él, le prefieres á mí, y...
LUIS. Yo te explicaré. Francamente: no quiero que ese hom-

bre nos visite... Es muy peligroso... Tú no le conoces... Es capaz de todo, y como tiene esa fama... Luego, almorzar... Tú sabes cómo bebe y cómo se pone despues de beber? Vamos, te digo que es imposible.

EMILIA. Pues ya no hay más remedio, al ménos por hoy, porque le he invitado. (Este teme que yo descubra algo.)

LUIS. ¿Qué has hecho? va á promover un escándalo.

EMILIA. Ya se contendrá.

LUIS. Sí, sí; bonito es él para contenerse.

EMILIA. En fin, ya no hay manera de remediarlo.

LUIS. (Pero ¿quién será ese hombre?)

ESCENA VII.

DICHOS, TORRELAGUNA.

TOR. (Saliendo.) Me decido... La explicaré... Ah! ya está ahí el marido!

EMILIA. (Á Luis.) Ahí le tienes, abrázale.

LUIS. Sí. (Abrazando á Torrelaguna.) ¡Querido amigo!

TOR. (Se han empeñado en hacerme amigo suyo.)

LUIS. Cuánto celebro. (Ap. á Torrelaguna.) (Nos veremos las caras, caballerito.)

TOR (Retirándose.) ¡Cómo!

LUIS. (Finja usted, hombre, finja usted.) Otro abrazo. (Le abraza fuertemente.)

TOR. (Desasiéndose.) (Huy! me va á ahogar!)

EMILIA. Ya he dicho á tu amigo que aquí está en su casa, y le he entregado su dinero.

LUIS. (Estaba de Dios que ese dinero se lo llevase el demonio.) (Á Torrelaguna.) (Bribon!)

TOR. Eh!

LUIS. Nada, nada. (Ahora le ajustaré á usted la cuenta.) Chico, mi mujer queria que almorzaras con nosotros. (Emilia hace señas á Torrelaguna de que diga que sí.)

TOR. (Huy! La mujer me hace señas!...) Bueno, con mucho gusto.

LUIS. (Insolente!) (Ap. á Torrelaguna.)

TOR. Pero señor de...

LUIS. (Finja usted, hombre, finja usted.) Pues sí, almorzarás con nosotros.

TOR. (Dios mio! Estoy en una casa de locos?)

EMILIA. Voy á mandar disponer el almuerzo. Nos le servirán aquí.

TOR. (Aturdido.) Sí... señora.

LUIS. (Me gusta.)

EMILIA. Pronto vuelvo. (Váse.)

ESCENA VIII.

LUIS, TORRELAGUNA.

TOR. Caballero... Si usted me permite... (Haciendo ademan de irse.)

LUIS. De ningun modo. (Deteniéndole violentamente.)

TOR. (Esto se pone muy grave.)

LUIS. Ántes es necesario que usted me explique su estancia en esta casa.

TOR. Pues... pues...

LUIS. No señor. Ante todo, ¿cómo se llama usted?

TOR. Sebastian Torrelaguna.

LUIS. Mentira.

TOR. Pero hombre, tambien quiere usted que reniegue de mi casta?

LUIS. ¿Cómo se llamaba su papá de usted?

TOR. Ciriaco Torrelaguna.

LUIS. ¿Está usted seguro?

TOR. Seguro?... Me parece que sí.

LUIS. Pues bien, yo le digo á usted que eso no es cierto. Que usted ha tomado ese nombre con el objeto de introducirse en mi casa para... para qué? Vamos, responda usted.

TOR. Pero si no me deja usted hablar.

LUIS. Vaya, pues hable usted.

TOR. Me llamo Sebastian Torrelaguna... si no le molesta á usted, y vengo de Valencia con el encargo de hacer á

usted una visita de parte de mis tios, los señores de Fernandez.

LUIS. Es posible! ¿Pero se llama usted Torrelaguna?

TOR. Me parece que sí.

LUIS. ¡Qué cosa más rara!

TOR. Hombre... pues...

LUIS. ¿Y sabe mi mujer á qué venia usted?

TOR. No me dió tiempo de explicarle... Porque yo comprendí que aquí habia una equivocacion.

LUIS. Ah! Me he salvado! Pues bien, ahora, prudencia! Que no llegue á descubrir... Siga usted desempeñando su papel.

TOR. ¿Qué papel?

LUIS. Tiene usted razon... Pero ante todo, olvide usted las palabras ofensivas...

TOR. No, si no me ha dicho usted apenas nada.

LUIS. Es usted muy generoso .. Espere usted un momento. (Saca el libro del bolsillo y se lo da.) Tome usted. Ahí está su vida desde hace un año... Ahí tiene usted su familia, sus amigos, los sitios que frecuenta... ¡Por Dios, no se descuide usted; el olvido del menor detalle despertaria las sospechas de Emilia!

TOR. ¿Y para qué quiero yo esto?

LUIS. ¿No se lo he dicho á usted?

TOR. Me parece que no.

LUIS. Oiga usted... Pero cuidado con que se le escape á usted una palabra delante de mi mujer.

TOR. No, señor, no.

LUIS. Pues bien, usted comprenderá que un hombre casado tiene á veces compromisos...

TOR. Sí, siempre perdices...

LUIS. Cá! No señor; soy incapaz de... En fin, para disculpar esos compromisos, he inventado un amigo que tiene la culpa de todo, y le he puesto un nombre feo y poco distinguido...

TOR. El mio.

LUIS. Perdone usted.

TOR. No hay de qué.

LUIS. Ahora comprenderá usted mi sorpresa...

TOR. Sí... sí...

LUIS. Ya es imposible decir á mi mujer que usted no es Torrelaguna, y para que usted pueda hacer sus veces, ahí tiene usted la vida del personaje que debe representar. De usted depende el que mi felicidad conyugal no se turbe... Tome usted el libro, léalo, aprendáselo de memoria. (Se lo da.)

TOR. Pero es que yo la tengo muy mala.

LUIS. Haga usted un esfuerzo; y, sobre todo, no se olvide usted de cojear.

TOR. Cojear!

LUIS. Sí señor; ha recibido usted una herida en un muslo, en el duelo que ha tenido esta mañana.

TOR. Es la primera noticia que tengo...

LUIS. Ah! haga usted el favor de devolverme esos cuartos...

TOR. Bien, bien, de esa manera se lleva las ventajas y me deja los inconvenientes.

ESCENA IX.

DICHOS, EMILIA y dos criados, que sacan una mesa servida, dejándola en medio de la escena.

EMILIA. El almuerzo espera.

LUIS. Ah! sí... (Cuidado, por Dios!) (Bajo á Torrelaguna.)

TOR. (De seguro voy á hacer alguna atrocidad.) Señora... yo... no tengo apetito.

EMILIA. Á propósito tengo aquí un ajenjo delicioso.

TOR. (No hay medio.)

EMILIA. (Le sirve ajenjo. Torrelaguna toma la copa sin poner agua.) ¿Pero lo toma usted sin agua?

LUIS. Ya te he dicho que mi amigo sabe beber.

TOR. Jé... jé... (Bebe sin saber lo que hace y se lleva las manos á la garganta como si se ahogára.)

EMILIA. ¿Qué le parece á usted?

LUIS. (Viendo los gestos de Torrelaguna.) ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?

TOR. (Atragantándose.) Na... na... nada. . Que... es... muy bueno...

EMILIA. (Ap. á Luis.) (¿Llora?)

LUIS. Es que se acuerda de su contrario.

EMILIA. (Ya ves si tiene buen corazon. Distraigámosle.) Vaya, á la mesa.

TOR. Agua!!

EMILIA. Pero entónces no va usted á almorzar.

TOR. (Por señas.) Sí, sí.

EMILIA. (Á uno de los criados.) Juan, sirve agua.

TOR. (Bebiendo con avidez.) Gracias. (¡Me van á asesinar!)

LUIS. Vamos, siéntate. Aquí. (Empiezan á almorzar.)

EMILIA. No puede usted figurarse qué deseo tenia de conocer á usted.

TOR. Muchas gracias.

LUIS. Sí, chico. Ésta, escandalizada de tus aventuras, trata nada ménos que de convertirte.

TOR. Si...

EMILIA. ¿No tiene usted familia?

TOR. (Saca el libro que le dió Luis y busca.) (No dice nada...)

LUIS. Sí, tiene una hermana, muy bonita por cierto.

TOR. Sí... muy bonita... (Ay! Se me va la cabeza!)

EMILIA. ¿Qué prefiere usted? ¿Burdeos ó...

TOR. Si no bebo... Digo, me parece... (¿Dirá algo el libro?) (Busca.)

LUIS. (Le pisa.) (Sí, hombre, beba usted.)

TOR. Ay!

EMILIA. ¿Qué?...

TOR. Es que iba á decir que no bebo otro vino que el Burdeos...

EMILIA. Juan, sirve Burdeos á este caballero.

TOR. (Coge la botella para echar agua en la copa del Burdeos.) (Echaré agua por si acaso.)

LUIS. ¿Qué vas á hacer? Agua al Burdeos!

TOR. Creí que era ajenjo.

EMILIA. (Está cortado.)

TOR. Es muy bueno este Burdeos. (Juan vuelve á servirle y Torrelaguna vuelve á beber.)

LUIS. Legítimo... Parece que se te ha abierto el apetito...

TOR. Pche!... Jé... jé... (Riendo.)

LUIS. ¿De qué te ries?

TOR. De nada... Jé... jé... (Me parece que...)

LUIS. (Si se emborracha lo va á echar todo á perder.)

TOR. (Bebiendo.) Lo que digo. Este Burdeos es muy bueno.

LUIS. Ten cuidado...

TOR. Cá! Pues si soy yo capaz de beber...

LUIS. (Á Emilia.) ¿Ves?

EMILIA. (Hasta ahora...) ¿Y piensa usted marchar de Madrid?

TOR. Marchar! De ningun modo. Es decir... (Vuelve á mirar el libro.)

LUIS. Hombre, el duelo puede tener consecuencias...

TOR. ¿Conque el duelo?... Jé... jé... No hay cuidado. Mira, chico: con franqueza, este Burdeos es muy bueno... Juan, sirve.

LUIS. Mira que ese vino...

TOR. No tengas miedo. (El criado sirve. Torrelaguna bebe.)

LUIS. (Dios ponga tiento en sus labios.)

EMILIA. ¿Qué te pasa? Estás inquieto.

LUIS. No...

TOR. No tengas cuidado. Ya miraré el libro.

LUIS. Ejem! Ejem! ¿Conque no saldrás de Madrid?

TOR. No.

EMILIA. ¿Y su hermana de usted, sabe la desgracia?

TOR. No he tenido aun tiempo de escribir. Pero ya se lo escribiré.

LUIS. Sí, está fuera.

EMILIA. Habrá usted pasado un mal rato.

TOR. Jé... jé! No señora...

EMILIA. (Ap. á Luis.) (¡Y se rie!)

LUIS. (No te he dicho...) (Ap. á Emilia.)

TOR. ¿Conque Torrelaguna? ¡Qué casualidad! (Movimiento de Luis.) No te apures, que no se lo diré á nadie... Pero

qué superior es este Burdeos... Juan, sirve.

EMILIA. Mejor será el Jerez.

TOR. Jerez!... Vaya si es mejor. (Juan le sirve. Bebe.) Á tu salud.

LUIS. Gracias. (Á Emilia.) Tomaremos el café en el despacho. (Tengo el alma en un hilo.) (Se levantan.)

EMILIA. Bueno.

TÓR. De ningun modo. Dejar sola á esta señora? Bribon! Ni siquiera con la vista quieres que disfrute... Porque tienes una mujer...

LUIS. Hombre!!

EMILIA. (Sentiria tener que marcharme... Luis me oculta algo.)

TOR. ¿Te incomodas?... Mira que saco el libro.

LUIS. (Dios mio! Ha perdido el juicio!)

EMILIA. Qué es ese libro?

TOR. Nada, señora, nada... Un libro...

LUIS. (Le mato.)

TOR. No tengas cuidado...

LUIS. Yo? Por qué? (Á Emilia.) (¿Ves el resultado del capricho de invitarle?)

TOR. Ah! Conque no te importa?...

LUIS. ¿Pero qué?... (Torrelaguna hace que va á sacar el libro.) ¿Qué vas á hacer?

EMILIA. Luis, tú me ocultas algo.

LUIS. Yo!!

EMILIA. Pues ese libro...

LUIS. ¿Cuál?... Pero á mí ¿qué me importa? (Á Torrelaguna.) Sácalo, sácalo... Veremos qué es eso. (Si lo saca usted, le ahogo.)

TOR. Basta; me has convencido... Pero qué feo te pones para decirme... No te pareces á tu mujer... tan amable... tan bonita...

LUIS. Torrelaguna!

TOR. Hombre, no te alteres, si es mi genio.

EMILIA. Caballero...

LUIS. (¿Ves lo que yo te decia?...) (Á Emilia.)

EMILIA. (Sin embargo, decirme que soy bonita no es ningun

delito.)

TOR. Si señor, muy amable... y muy bonita. No te la mereces... Vamos, permíteme que la diga que me gusta mucho.

LUIS. Esto es demasiado... Torrelaguna! Te suplico que me acompañes; tengo que hacer en la Iberia.

TOR. (Sacando el libro.) ¿Me echas?... Espera. (Hojea.) Á ver qué debo yo hacer en este caso...

EMILIA. (¡Qué empeño tiene...)

TOR. Sí, eh? Pues no me voy.

LUIS. ¿Cómo?

TOR. Te digo que no. No tengo vergüenza.

LUIS. Repito que...

TOR. Míralo: aquí está escrito. «No tiene vergüenza...» No la tengo.

EMILIA. (Á Luis.) Ten prudencia; no está en su juicio.

LUIS. Torrelaguna, yo te suplico...

TOR. Parece que te pones más razonable... Pero... ¡qué tontería! No te hago caso. Ya sé de dónde viene tu ira... tu irascibilidad... El *Champagne*... Jóven incauto! Huye del *Champagne*! porque... (Á Emilia.) ¿Verdad, señora, que debe huir del *Champagne*?

LUIS. Pero...

TOR. ¿No viene el café?... Convengamos en que tus criados... (Pero cómo me gusta la mujer de mi amigo!... Si yo pudiera alejarle...) Mira: mejor es que vayamos á tomarle al Suizo.

LUIS. Sí, es verdad.

TOR. Anda, ve por el sombrero... El aire fresco no te sentará mal.

LUIS. Vengo en seguida. (En cuanto salgamos, le ahogo.) (Váse. Los criados retirán la mesa.)

ESCENA X.

EMILIA, TORRELAGUNA. Éste queda mirándola y sonriéndose; ella se levanta para salir.

EMILIA. Yo...

TOR. Señora... tengo que revelar á usted un secreto.

EMILIA. Sí? (¿Qué irá á decirme?)

TOR. Yo no soy Torrelaguna.

EMILIA. Qué?

TOR. Es decir, Torrelaguna soy, y mi papá se llamaba Torrelaguna, y me parece que mi abuelo tambien... pero esos son otros Torrelagunas.

EMILIA. Bien, he comprendido. (Yendo á salir.)

TOR. ¿No quiere usted saber ese secreto? Pues no se lo diré... Únicamente como una advertencia... Su marido de usted la engaña.

EMILIA. ¿Cómo!

TOR. Tengo pruebas... Sí, hermosa Emilia.

EMILIA. Caballero!

TOR. ¿Se incomoda usted? Pues no lo puedo remediar. Y si usted me gusta, por qué no se lo he de decir?

EMILIA. Pero esas pruebas...

TOR. (Dándole el libro.) Están aquí. Ese libro... Yo no quiero ser cómplice, porque la amo á usted como los pájaros á las ondas, como el pez á las ramas, como la brisa á sus hijuelos. (Me parece que la voy á convencer.) Yo no soy Torrelaguna... quiero decir, soy Torrelaguna y la adoro á usted... Ah! señora... ángel de amor, aquí postrado ante usted la pido un poquito de amor... Pague usted mi... (La coge una mano. Emilia, que no ha oido estas palabras, ocupada en ver el libro, retira la mano prontamente, pero dando lugar á que Luis lo vea.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y LUIS.

LUIS. Caballero!

TOR. Hola! ¿Estabas ahí?

LUIS. ¿Cómo se permite usted?

TOR. Hombre, no te incomodes... Me estaba entreteniendo... Sigo mi papel... Verais. Aquí dice... me permite usted, señora? (Yendo á tomàr el libro que tiene Emilia.)

LUIS. (Dios mio! El libro en manos de mi mujer.) Miserable!

TOR. No te pongas furioso... que se lo digo.

EMILIA. No es menester... Ya sé bastante.

LUIS. Emilia!...

EMILIA. Ya hablaremos despues... Y usted, caballerito, tenga la bondad de salir de aquí.

TOR. Chico! Me echa! Aconséjame, porque ya no tengo el libro.

LUIS. (Este imbécil va á hacer que yo le mate.)

TOR. Me echa usted, ingrata! (Llorando.) Echarme de su casa. ¿Qué dirá mi tio en cuanto lo sepa! Que yo, una persona decente!... me he emborrachado! Ah! ah! Y qué dirán en Valencia! Y qué dirá el Cid! El que me dió tantos recuerdos para usted. (Sonriéndose.) No el Cid, mi tio. Mi tio, don Manuel Fernandez, su padrino de usted, que sabrá que su sobrino es un bribon.

LUIS. Caballero, yo le suplico á usted que deje esas consideraciones... y que...

TOR. Sí señor, me voy. Pero ántes le prevengo que me vengaré. Usted ha sido el culpable de todo, el que me ha hecho ser un Torrelaguna de pega, el que me ha puesto en esta situacion.

EMILIA. Esto es indigno.

LUIS. Yo te suplico.

EMILIA. No hay excusas de ninguna clase.

LUIS. Pues bien, te confesaré la verdad. Es cierto que te he engañado, soy culpable, me arrepiento; pero te juro que nunca se me ha pasado por la imaginacion la idea de una mujer.

TOR. No señora, á mí no se me ha pasado nunca por la imaginacion eso...

LUIS. Sé buena, perdóname. (Cogiéndole una mano.)

TOR. (Haciendo lo mismo.) Sí, perdóneme usted.

LUIS. Insolente!

TOR. Pero hombre... ¿no quiere usted que me perdone?

LUIS. No te ablandas? Pues ahora mismo... caballero, salga usted conmigo. Usted me ha descubierto, y juro por mi

honor que sabré vengarme.

TOR. ¿Conque despues de ponerme así quiere usted matarme? Pues bien, nos batiremos, en cuanto se me pase esto...

LUIS. Sí señor. (Á Emilia.) Tú serás responsable de lo que suceda.

TOR. Señora, perdónele usted, porque si no me va á pasar algo. (Á Luis.) No te apures, verás como pidiéndolo yo accede. Emilia... Señora, sea usted compasiva, que no lo volverá á hacer. (De rodillas.)

EMILIA. (Se echa á reir. Luis, comprende que es el momento oportuno y se lanza á abrazarla.)

LUIS. ¿Me perdonas? Ah! gracias.

TOR. (Imitando á Luis.) Muchas gracias.

LUIS. Otra vez!

EMILIA. No te alteres. Ese es tu castigo. Ve á lo que te has expuesto.

TOR. (Al público.)

Yo aquí la víctima he sido,
mas si aplaudis por fortuna,
todo lo daré al olvido,
y os quedará agradecido
Sebastian Torrelaguna.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de *El Garbanzo*, calle del Arenal, de *Durán*, Carrera de San Jerónimo, y de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.